

Recordar, compartir, aprender

Valencia

Consuelo Cabello Carpio, 75 años

M^a del Mar Pastor Campos, 30 años

CONSUELO DESCONSOLADA

A lo largo de nuestra vida nos cruzamos con muchas personas mayores. Pero muy pocas veces nos paramos a pensar que todas ellas tienen una historia interesante que contar, fruto de una época en la que sobraba el hambre y se echaba en falta la libertad, cuando las mujeres estaban sometidas a leyes machistas. Yo me siento afortunada por poder escribir la historia de una mujer valiente, que solamente pudo buscar refugio en su nombre: Consuelo.

Consuelo nació con velo, con zurrón, es decir, recubierta por una suerte de tela transparente. Era algo poco común que ocurría antiguamente, cuando en los partos se dejaba actuar a la naturaleza: la madre no llegaba a romper aguas y el bebé salía con la bolsa amniótica. Se creía que estos bebés tendrían suerte durante toda su vida. En el caso de Consuelo, sin embargo, no fue así.

Consuelo era la mediana de tres hermanas. Vivían en una casa de campo, en Jarafuel. Ella era la más alegre y activa; para ayudar en casa, hacía el trabajo propio de los hombres e iba a coger olivas mientras sus hermanas se negaban porque hacía frío.

Con 11 años, Consuelo fue a pasar unos días a casa de una tía suya en Valencia. Su tía tenía dos paradas en el mercado de Mossén Sorell, en el barrio del Carmen y, al verla tan trabajadora, le ofreció que se quedara para echarle una mano. Consuelo, además, se encargaría de lavarle la ropa (a mano, porque no existían las lavadoras) y de hacer las faenas de la casa. Así, sin darse cuenta, se convirtió en una cenicienta sobre la que recaían todas las obligaciones y a la que nunca llegaron a pagar nada. Ni siquiera cuando a la familia le tocó la lotería.

En el mercado, la gente prefería que les atendiera Consuelo. Vendía salazones, bacalao... y a los pobres, sardinas baratas de una peseta. Debía estar de pie aunque lloviera y por la noche dormía en un almacén con todo el pescado. Sin ventanas. La humedad le pasó factura: ahora tiene una enfermedad en los huesos.

Consuelo conoció a su marido un día que éste fue a comprar el almuerzo a la parada del mercado. Como muchos clientes, quedó prendado de su belleza y simpatía. Desde entonces, la seguía allá adonde iba. Cuando, tras 14 años, se volvió a Jarafuel, él empezó a escribirle cartas y ella se enamoró de sus letras.

La boda de Consuelo sería recordada en Jarafuel como 'la boda trágica', augurio de lo que le depararía después el matrimonio. El futuro esposo prometió que llegaría tres días antes de la boda. No llegó hasta el mismo día de la celebración. Pero fue al tener su primer hijo cuando Consuelo descubrió cómo era realmente su marido. Si el niño lloraba por la noche, él amenazaba con tirarlo por la ventana. Les pegaba a ambos y el niño sangraba tanto por la nariz que le preguntaba a su madre: "¿Me voy a morir?" Cuando tenía seis años tuvo que llevarle al hospital por ese motivo y su marido no le dejó que se quedara con él porque ella "tenía que estar en casa".

Consuelo se quedó embarazada estando en la cuarentena después de su primer parto; su marido hacía oídos sordos a los consejos médicos y cuando ella le advertía del posible peligro, él respondía que "se había casado para eso". Esto provocó su primer aborto. Cuatro meses después, volvió a quedarse embarazada de una niña, que nació tan raquítica que "parecía hecha de retales y no de una pieza". Consuelo debía afrontar sola las enfermedades de sus hijos, porque su marido se desentendía o les decía que hicieran justo lo contrario de lo que su madre les pedía, aunque fuera peor para su salud.

El tercer hijo de Consuelo venía de rodillas, el médico decía que iba a ser un santo. Ella notó las contrac-

Recordar, compartir, aprender

ciones por la noche y su marido le preguntó: “¿Tienes que ir ahora justo cuando vengo del bar?” Sola cogió un taxi y sola pasó aquel parto que, afortunadamente, fue como los de su abuela, un ‘parto de la virgen’, sin dolor.

Pero su marido no quería más hijos; cuando se quedaba en estado, la hacía pasar por situaciones estresantes para que abortara. En la playa, la cogía fuertemente de la mano y la llevaba hacia lo hondo. Consuelo no sabía nadar y gritaba, pero su hermana desde la orilla les decía a sus amigas que estaba con su marido, que la dejaran. En una ocasión, estando también embarazada, le puso la zancadilla y, en otra, le metió el rabo de una lagartija dentro de la camisa para asustarla.

En aquellos tiempos no existían facilidades para separarse. Así, Consuelo tenía que soportar malos tratos e insultos y acudía desesperada a la Iglesia para pedir ayuda. Allí le decían que no se podía separar porque él entonces no trabajaba y los niños acabarían en un reformatorio. Su madre también le pedía que no se separara: “¡Qué diría la gente!”.

Consuelo sufrió otros abortos. Y tuvo otro hijo. Su marido les seguía pegando. Una vez, cuando volvían del pueblo en el coche, ella le contradijo y él le pegó un puñetazo que le desencajó la mandíbula. Tras 32 años de sufrimiento, Consuelo se armó de valor, acudió a una abogada de oficio y consiguió separarse. Pero su martirio no terminó entonces; su marido la perseguía y agredía en público. Aseguraba que llevaba un cuchillo y que sólo pensaba en “cortarle el cuello”. Amenazaba con matarla, a ella y a quien estuviera con ella. Consuelo se atrevió a denunciarle y ahora se da cuenta de que se libró: piensa que no le tocaba morir aún.

Consuelo lleva 17 años separada y, aunque al principio estuvo deprimida, pronto recuperó la alegría y las ganas de vivir que desde pequeña había tenido. Ahora, a sus 75 años, vuelve a estar activa y escribe canciones y poesías. Sueña con hacer un crucero e intuye que, por fin, tendrá la suerte que su peculiar nacimiento le había pronosticado.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Al leer la historia de Consuelo, se podría comprender que su desgracia la hubiera convertido en una persona triste y apagada. Nada más lejos de la realidad. Consuelo aprendió de todas las experiencias negativas que le tocó vivir y resurgió de su desconuelo con alegría y fuerzas renovadas.

Siempre que nos vimos, me transmitió su buen humor, su bondad, su optimismo... y su sabiduría. Como ella dice, tiene un ánimo que si le dura toda la vida va a ser “la reina de los mares”. Sabe que en la vida no todo es bonito, que hay que conformarse y, después, recordar lo positivo. De los catorce años que vivió como una criada con sus tíos, recuerda con una amplia sonrisa que de la riada del 57 se salvó por los pelos y que los que la obligaban a hacer el trabajo sucio tuvieron que recoger barro. De su terrible matrimonio, destaca que sobrevivió.

A Consuelo le gusta “arreglar lo que tiene arreglo” y animar y ayudar a los demás. No obstante, ha aprendido que es difícil conocer a las personas. Después de su desgraciado matrimonio, ha comprendido que es mejor convivir antes de casarse. También ha comprobado que hay gente que no la quiere, bien porque dice las verdades, por envidia o porque le deben dinero... Pero ha llegado a la conclusión de que eso no tiene que importarle y que debe rodearse de personas como ella: “Como es gratis elegir a las personas, voy a elegir a las que yo quiera”, me dijo un día sonriendo. Dice lo que siente, porque se ha dado cuenta de que expresar las cosas es mejor que callarse.

Quizá Consuelo no supo concretarme qué es lo que merecía la pena vivir, pero me enseñó algo todavía más importante: vivir merece la pena.